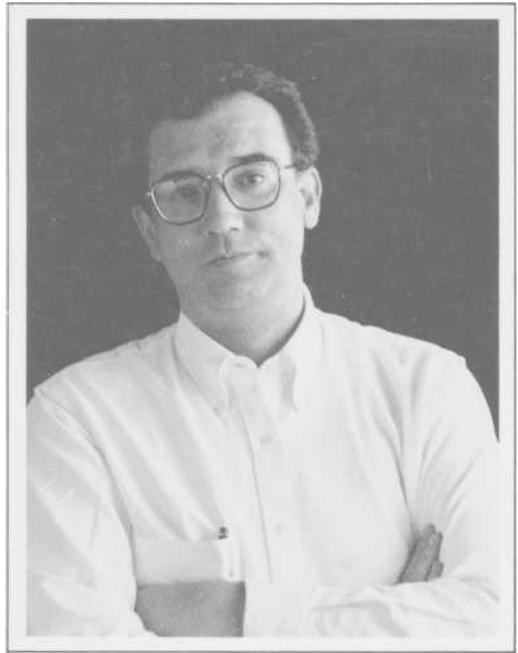


Darío Jaramillo Agudelo

GUIA
PARA VIAJEROS





Darío Jaramillo Agudelo nació el 28 de julio de 1947 en Santa Rosa de W Osos, Antioquia. Es autor de los siguientes libros de poemas: *Historias* (1974), *Tratado de retórica* (1978, Premio Nacional de Poesía) y *Poemas de amor* (1986). Es, además, autor de una novela, *La muerte de A lee* (1983), y de varias compilaciones y antologías entre las que se cuentan *Sentimentario: antología de la poesía amorosa colombiana* (1986) y *Antología de lecturas amenas* (1986).

Darío Jaramillo Agudelo

GUIA
PARA VIAJEROS

PLANETA

© Darío Jaramillo Agudelo, 1991

© Planeta Colombiana Editorial, S.A., 1991

Portada: Ilustración de Diego Tenorio
basado en diseño de J. Kaisener (Viena 1801)

Royal Aeronautical Society

Gibbs-Smith, Ballooning, Pinguin, London MCMXLVIII

Investigación gráfica: Gilma Rodríguez, Margarita Castillo
(Biblioteca Luis Ángel Arango)

Primera Edición: septiembre de 1991

ISBN: 958-614-364-3

Preparación Litográfica: Servigraphic Ltda., Bogotá

Impreso en Colombia

Para Germán Vargas

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Esta GUIA PARA VIAJEROS, útil para el turista, concebida sobre todo para el peregrino que sigue el camino iniciático y busca claves místicas y cifradas, no presta su mejor servicio cuando se lee una sola vez de la primera a la última página. Si bien es posible leerla de esta manera, el viajero derivará su mejor utilidad consultándola cada vez que sea necesario.

Morgualos

Los morgualos aman las chimeneas, las camisas blancas de tela de algodón, los agapantos, un árbol llamado sietecuecos, el olor del cilantro fresco cuando cae en la sopa, el sonido de las campanas de iglesia, los días sin nubes.

Los morgualos son fabricantes de alambiques, de tricornios (todos para la exportación), de arados, de relojes, de sextantes, de retortas, de candelabros.

Ellos son impresores, sastres, cocineros.

Nadie más hábil, más diligente, más organizado y diestro para trabajar, que un morgualo.

Los morgualos acumulan objetos a lo largo de su vida: hojas secas de arce o de nogal, flores color arzobispo o color remolacha entre los libros, piedras humildes de formas y texturas extrañas, empaques de vidrio, diminutas filigranas en jade, en plata, en marfil o en madera. Pequeños cofres de coco o de hojalata, cofrecillos con sutiles incrustaciones y decorados. Láminas y poemas, retratos y bordados.

Los morgualos colocan sus encantadores fetiches en lugares sorprendidos de la casa: un retrato entre un diccionario, entre la nevera una piedra roja y brillante, como un vegetal fosilizado; un poema bajo la almohada, un dibujo en la pared del baño. Y cada vez que se encuentran estos objetos en su diario devenir por la casa, los morgualos sonrían.

De tres maneras puede llover en el país de los morgualos: una brizna tibia que cae entre vapor caliente, una lluvia espesa, de color verde —muy aconsejable para rehacer matrimonios o para migrañas rebeldes—, y una tercera lluvia, de agua pura, tan traslúcida que no puede verse en los espejos, y que todos los morgualos aman.

Instrumentos de los morgualos: buriles para pulir el perfil perfecto de sus trabajos; hornos y picas para fundir el metal y recogerlo; fragua y martillo; Yunques, palabra que siempre escriben con mayúsculas y que prefieren no

pronunciar.

Nunca se oirá a un morgualo mencionar a los Yunque; pero se sabe que mentalmente conversan con ellos, les dirigen oraciones y súplicas cada vez que van a utilizarlos y ejecutan ciertos movimientos rituales cuando abandonan su tarea sobre ellos.

Los morgualos saben trabalenguas, conocen el origami, dominan los motores, usan bien el cincel, el palustre y el nivel, fabrican con igual habilidad un boj que un reloj, pueden curar con rezos y raíces, con palabras o fibras, entrando en trance o con fórmulas litúrgicas y taumatúrgicas.

Los morgualos se divierten puliendo piedras, horneando cerámicas y pasteles, bailando rigodón y jugando a las esdrújulas.

Un año morgualo se mide por las apariciones del ave fénix. Cada vez que nazca un pájaro de un puñado de cenizas, habrá pasado un año morgualo.

Cuando un morgualo muere, se convierte en objeto útil: una cuchara, un anzuelo, unas pinzas, un frasco, un lente, una silla, una camisa, un abanico.

Si un morgualo se enamora, no necesita decírselo al morgualo de sus amores. Le bastará soñar con él por tres noches para que el otro lo sepa.

Entonces serán felices juntos hasta el momento en que el desamor caiga al tiempo sobre ambos, sin que jamás se halle un morgualo enfermo de amor no correspondido.

Hay morgualos que saben fabricar jaulas invisibles y morgualos que no saben hacerlo.

Esta es la única división que existe entre los morgualos, pero no constituye motivo de conflictos o de envidias entre unos y otros. Más bien los morgualos que no saben construir jaulas invisibles admiran a los que saben hacerlo. A la vez éstos, sabedores de que la suya es una habilidad innata, que depende de causas desconocidas, agradecen las muestras de afectuosa admiración de los otros

morgualos y suelen regalarles jaulas invisibles.

Cuando un morgualo acaba de construir una jaula invisible, deberá abrir la ventana. Entonces entrará una pareja de pequeños pájaros. El macho es amarillo y la hembra es roja o azul según la época del año. Son los pájaros de jaula invisible que fatalmente llegarán por la ventana el día en que la jaula se termine.

Una jaula invisible se vuelve perceptible al ojo bajo la luz de la luna. Si es creciente, los delgados alambres que forman la jaula se ven azules. En menguante, la jaula parece hecha de un material líquido y metálico, un mercurio flotante, y se va volviendo plateada hasta disolverse en un blanco traslúcido, vidrioso, cuando la luna se convierte en un cacho, en un inmenso banano luminoso.

Bajo los rayos de la luna llena, la jaula invisible es dorada y resplandece. Entonces parece construida con hilos de una luz purísima entre los cuales dos pájaros cantan su más hermosa melodía.

Ser grandes jugadores de estrella china, viajar en un videro, dejarse crecer una flor en la nariz, poner la flecha donde la clava el ojo —y también el dardo y el florete y el disparo y la palabra—. He aquí los sueños dorados de los frusos. Sus pesadillas: una arruga en el pantalón, los calcetines tirados en el piso, colillas en los ceniceros, un mortal pliegue en la sábana, el más pequeño desorden, la más leve asimetría.

Los Frusos

Los frusos son puntuales, cumplidos, exactos. De ahí que la mayor parte del tiempo la pasen esperando que les cumplan la cita.

El fruso es un poco cándido, pero sabe cantar motetes ingleses del siglo XVI y es bueno para la música coral, las marchas y el remo.

El amor del fruso dura ocho días y es el único amor comprobadamente eterno que existe, pues también ocho días dura la vida del fruso.

Pocas especies están tan preparadas para entender la extraña sociedad amorosa de los frusos. Les parece insólita, cuando no grotesca. Todavía es concebible —¿lo es?— que se vuelva realidad la dulce mentira del amor eterno. Lo que resulta inextricable es que el amor sea entre dos y no entre tres o más, como es lo usual, o entre uno solo, como es mucho más corriente todavía.

Cada fruso nace simultáneamente con otro fruso. Su simetría y complementación son leyes genéticas entre los frusos. Los dos frusos predestinados a convertirse en pareja son colocados en una misma cuna durante las dos horas que dura la infancia frusa. Y nunca más se separarán hasta la muerte, que ocurre una semana después, o antes, si se produce el accidente fatal de un pliegue en las sábanas, accidente que —ya se sabe— produce la muerte instantánea de los frusos, en una colorosa convulsión que, eso sí, desarruga el tendido de la cama.

Los frusos viven el uno para el otro durante todos los instantes de su vida, hasta el momento en que la muerte los junta en el paraíso de los frusos, donde ambos se convertirán en un solo ser que, como todo ser que está solo, se pasa la eternidad de su paraíso buscando un amor.

Sásicos

Los sásicos con todo y sus cartillas de instrucciones, son prácticos y tienen un departamento de instrucciones inservibles, que se revisan atentamente, para que no vuelvan a fallar. En realidad este departamento tiene poco qué hacer, dada la eficacia que tienen; las instrucciones sásicas para descorchar el vino, por ejemplo, son tan buenas, que a ningún sásico se le ha ido el corcho a la botella. Y si a alguno le pasara, sin «luda sería el hazmerreír de todo el vecindario y la vergüenza de la familia.

Entre los sásicos hay, también, instrucciones de obligatorio cumplimiento. El sásico que levante la voz, automáticamente queda convertido en sapo. Y el que pise los prados. Y no han faltado algunos extranjeros —inadvertidos pero maleducados— que se han tratado de colar en una fila en el país de los sásicos, y ahí mismo han quedado convertidos en sapos.

El castigo es siempre automático y se debe al gas de la retaliación, que está mezclado a la atmósfera en la tierra y en los mares sásicos.

La reina sásica viste con una túnica roja; sus bordes son de una mullida piel blanca. La capa parece muy pesada y la cubre hasta los pies. También lleva una corona dorada con blancas incrustaciones en forma de sol.

La reina sásica no tiene ningún poder para castigar a nadie. De eso se encarga el gas de la retaliación. Pero, entre todos los sásicos, es la única que posee la virtud de convertir los sapos en príncipes azules.

Así, cada vez (pie se necesitan fornidos y apuestos príncipes azules para trabajar en las minas o para picar piedra en los caminos, la reina sásica besa los sapos que sean necesarios.

Si un sásico quiere una rosa consultará el manual de deseos, libro de vegetales, capítulo de flores, artículo de rosas. Allí sabrá cuándo y dónde encontrar una rosa, cómo cuidarla y hallará también advertencias sobre los pinchazos y

desgarraduras de piel que producen las rosas.

Tinguanos

Los tinguanos pueden volar después de almuerzo. Les basta cerrar la boea y relajar los párpados, y pueden volar hasta por una hora. A veces hasta dos si funciona el gramófono.

El resto del día, los tinguanos tienen que estar en la ventanilla contestando preguntas de los demás tinguanos o, si están con suerte, ocuparán su día haciendo fila con el objetivo de diligenciar algo ante el tinguano de la ventanilla.

Si un tinguano quiere una rosa, le basta chasquear los dedos y entonces tendrá una rosa; siempre y cuando esté en cosecha de rosas. Porque en otras épocas del año, el chasquido de sus dedos produce diversos frutos.

En caso de que un tinguano quiera una rosa, chasquee los dedos y obtenga, por ejemplo, una zanahoria, o un jazmín, o un albaricoque, lo mejor que puede hacer es preguntarle al tinguano de la ventanilla dónde puede conseguir una rosa.

Ícnidos

Los Ícnidos (o ícnidos) fabrican sus emociones según la expresión de su rostro. Por esto, la educación de los Ícnidos es un aprendizaje de gestos: el gesto de la alegría —que de inmediato les suscita ese sentimiento de exultación y comunicativo goce que todas las especies no pueden reconocer—, el gesto de descanso, el del licúo profundo o el de la ensoñación alhelada y boquiabierta; las expresiones todas de la felicidad o éxtasis.

No es, como en muchas criaturas, la pasión reflejándose en el rostro sin contar con la voluntad. Es, por el contrario, la expresión elegida intelectual y rígidamente, el gesto como filtro de la decisión, anterior a la pasión. Y una vez que en la cara de un ícnido aparece por un rictus elegido para la boca, por un estudiado un movimiento de los ojos— un sentimiento, una decisión, una pasión, las consecuencias del gesto adopta MUY inevitables: un ícnido, por ejemplo, puede llegar al orgasmo, simplemente poniendo cara de orgasmo.

También por esta facilidad para elegir intelectual y libremente cualquier pasión, sensación física, decisión y etcétera, existen expresiones prohibidas y otras tan secretas, que son del dominio exclusivo de una casta de iniciados, casta casi extinguida. Los ícnidos ignoran la cara de la venganza y la faz de la codicia. Se entienden bien entre sí.

A nadie se conoce más hábil para comunicarse con los elefantes que a los ícnidos. Ni siquiera se trata de una habilidad, sino de una compenetración que bien podría llamarse amor. Pero no lo es. Por supuesto, seno imite simbiosis despierta afectos y emociones mire ellos y los elefantes, pero no se trata de amor. Cuando un elefante se comunica con un ícnido, mueve las orejas de cierta manera, parpadea con lentitud, sonrío para sí mismo.

Ignoramos si la relación entre los elefantes y los ícnidos es por semejanza o

por oposición. Y de nada nos sirve saber que se comunican, pues tampoco ellos nos dirán nada nuevo sobre los elefantes.

Se sabe que el aroma de los jazmines envenena la atmósfera de los ícnidos produciendo fatales deformaciones genéticas. Así nacen criaturas de esta especie enmascarada con muecas irreversibles en su rostro: he aquí un ícnido con la cara de asombro de un niño en el circo y por lo tanto, —como sucede con todo ícnido— de por vida secuestrado por la emoción del asombro y he allí un ícnido pasmado con todos los actos de su vida, predeterminado por su rostro a estar atónito con cada sensación, descubriendo a cada instante el milagro o el sinsentido de estar vivo y saberlo.

Por la tara genética de los jazmines, hay ícnidos que nacen con gestos que determinan pasiones más grotescas como la zoofilia o el dolor. Se han dado casos de ícnidos que nacen con el ceño fruncido, señal inequívoca de que están destinados a la magistratura. Existe una ley que permite la eutanasia de los ícnidos que nazcan con cara de dolor de oído, pues nadie podrá imaginar nunca cuánto y cuán inevitable es el dolor de oído de un ícnido con cara de dolor de oído.

A prender a hacer ciertas caras. Reconocer todos los gestos: esto es lo esencial para la vida de un ícnido.

Si un ícnido quiere una rosa, esto indica que antes habrá puesto cara de desear una rosa, lo cual supone, a su vez, que este ícnido conoce la cara para desear rosas. Con esta misma cara irá a la floristería, donde la muchacha vendedora reconocerá el gesto de inmediato.

Entre los ícnidos hay días-mañana y días-tarde. Nunca les llega a los ícnidos un día que tenga a la vez la yema de la mañana y la albúmina de la tarde.

Por azar, el día puede amanecer con suavidad en una mañana lenta, llena de sol madrugador, y llegar a un mediodía extenuante que durará seis horas hasta un momento en que la noche aparezca súbita y total.

Y hay días en que se da un salto intempestivo de la madrugada oscura al

mediodía, y las horas de luz trascurren entre el sopor de la tarde que se congela en penumbra durante horas, como si el anochecer se adormilara largamente antes de echar su última bocanada de oscuridad entre los ícnidos.

Demhitionen

Cuatro cosas distinguen a los demhitionen: sus caminos de colores, sus relaciones con el oro, la manera como se reproducen y su memoria fotográfica.

Ninguna de estas cuatro características explica estas otras cuatro: su manía de morderse los codos, el vicio de decir palabras soeces en toda conversación, el hábito de ir bailando por la calle y su habilidad para la mecanografía.

Los demhitionen cambian de color cada dos años. A partir de la quinta mudanza pueden escoger el color que quieran y, automáticamente, el día de su cumpleaños, amanecen del color deseado. Si esto no ocurre, si siguen del mismo color, será éste el color de su muerte.

La muerte de un demhición puede ser muy apacible si es blanca, y algo menos si es verde, del color claro y apagado del jugo del limón. Pero nada más doloroso que la muerte roja de un demhición: comienza con una convulsión que dura seis semanas. El último miércoles, las convulsiones estallan en una explosión sorda, sin eco; entonces los demhitionen se desvanecen en un vapor teñido con sombras de un rojo negruzco, del cual se alimentan los pájaros de aquella tierra.

¿Por qué, sabiendo los demhitionen que será espantosa su muerte si los sorprende de color rojo, prefieren este color sobre los demás?

Porque, si son rojos, los demhitionen obtienen una especie de visión beatífica cuando elevan cometas, juegan billar o siembran rosas del mismo color en cuanto que les gusta tener.

Los demhitionen no tienen párpados: los demhitionen van por el mundo con los ojos abiertos memorizando con la exactitud de una película cada cosa «pie vean aunque no la miren. De hecho, los demhitionen poseen un mecanismo (pie les permite proyectar en una pantalla cualquier recuerdo visual que tengan, aun el más antiguo.

Para no hablar de la mecanografía (¿cómo no ser hábil si poseen tantos dedos

cuantas teclas tiene su máquina de escribir?), nadie parece saber de dónde sacan los demhitiones su oro. su oro inagotable. Nadie le vende oro a los demhitiones. en su territorio no existen minas de aluvión ni vetas, ni un resto de reservas del precioso metal. Pero lo cierto es «pie los demhitiones pagan en pepitas de oro todo lo que le compran a los extraños.

Lo que está claro, es que a los demhitiones parece no importarles el oro (de importarles, como se sabrá, podrían manejar su mercado internacional con ganancias fabulosas), y aparentan no hacer juicios de gusto o disgusto sobre lo (pie pueden recordar, o sea sobre todo lo han visto.

Lo más curioso de la especie, es ese noviciado, ese preámbulo del ser que viven los demhitiones. Ya se sabe que el sexo reproductivo de los demhitiones se ejercita entre tres individuos. Pues bien, las cosas ocurren así: un trío de demhitiones enamorados se encierra en una cámara de copulación, un recinto oscuro (pie protege el pudor de la especie sin párpados. Allí hacen el amor con su característica sensualidad) cuando se abre la cámara, después de dos semanas de intenso y sutilísimo erotismo, saldrán del recinto cuatro demhitiones: además de los padres (cada uno del color que eligió en su último cumpleaños), habrá un nuevo, invisible, translúcido demhitión.

Nadie puede ver u oír a un demhitión recién nacido. Pero él si podrá observar con sus memoriosos ojos sin parpados todo lo que quiera ver.

Un demhitión recién nacido puede escoger la existencia ni o denegarla: después de dos años de imperceptible, observación y noviciado de la vida, el joven e invisible demhitión decide libremente si se disuelve en la nada o si cobra existencia real y se convierte en un demhition blanco, color que invariablemente tendrá en su primera mudanza.

Arfos

Si un arfo toca algún instrumento de cuerdas, su cuerpo rápidamente se cubre de llagas.

Esta es la maldición de los arfos, la condena de su especie: los arfos poseen los bosques de donde salen las maderas más apropiadas para fabricar guitarras y violines. Los arfos tienen los talleres más completos para fabricar los instrumentos de cuerda y son los mejores artesanos en este oficio. De hecho, su economía está basada en la producción de violines.

Pero no pueden llegar a tocarlos, porque la pústula musical les invade su cuerpo.

A los arfos, las palabras les cambian de significado todos los días. Para otros, éste podría ser problema de supervivencia, pero los arfos no tienen absolutamente nada que decirse unos a otros, y por lo tanto no se dan cuenta de su limitación.

De todos modos, el cultivo y tratamiento de las maderas, su corte y pegado, los secretos todos para la fabricación de instrumentos, son conocimientos innatos, que no necesitan ser comunicados.

Los arfos beben un licor negro y espeso que puede causarle la locura a cualquier ser que lo ingiera, salvo «i es arfo. Con un alambique rudimentario —y una fórmula mágica—, los arfos destilan la materia más oscura de ciertas noches y, bajo la luz intensa de la luna sin sombras —pues todas las sombras son ahora una bebida— se embriagan con la densa tiniebla convertida en licor.

Si un arfo quiere una rosa, no sabrá nunca a ciencia cierta que es lo que quiere, pues la palabra rosa —como todas las palabras— cambia todos los días de significado para los arfos.

Si un arfo quiere una rosa, un día pensará que las rosas son instrumentos

filosos para mover la tierra, y otro día creará que se trata del nombre gastronómico de una carne asada con salsa blanca y sólo por casualidad, algún día, algún arfo, puede llegar a creer que es una parte de ciertas plantas, una parte compuesta de garfios en el tallo y de hojas de colores.

Etucarbos

Los etucarbos saben que los jóvenes son desdichados y que pagan el esplendor físico con tormentos del alma. Su fanatismo, su apego a las ideas mesiánicas, a las apariencias, a los dogmas, limita su fuerza y los enceguece. Eso dicen los etucarbos de los jóvenes. Y añaden, ya sentenciosos, que su desdicha se debe a que los jóvenes producen ideas flotantes pero demasiado ásperas.

Por todo esto, los etucarbos nacen después de 40 años de gestación.

Los etucarbos están hechos de vapor y lágrimas, aunque parecen tener un sistema óseo que les permite morir de pie y, antes de eso, trasnochar.

Corno su gestación dura tantos años, el mecanismo fisiológico de los etucarbos es extremadamente complicado, sobre todo si se tiene en cuenta la intrincada química de sus lágrimas.

Una interminable lista de incidentes puede causar la muerte de los etucarbos: tropezar con el cadáver de un tominejo, olvidar la cédula de identidad en la casa, mirar a los ojos de un castor, usar suéter granate, sugerir un gesto de desprecio.

Los etucarbos sirven para producir explosiones y son buenos traductores de claves militares. A un etucarbo se deben excelentes traducciones del idioma de los perros y el invento de la almohada de alcohol.

Si un etucarbo se enferma puede estallar en cualquier momento poniendo en peligro la vida de los demás etucarbos. Por esto, los etucarbos matan a sus enfermos.

A nada le temen más los etucarbos que a explotar. Le temen también al horóscopo favorable y a quedarse sin postre. Los etucarbos aborrecen a los pájaros y la sopa de tomate.

Un etucarbo nunca pierde la compostura, ni las llaves, ni interrumpe, ni oye,

ni pierde ocasión para hablar de la infelicidad de los jóvenes.

Los etucarbos nunca son dichosos.

ETUCARBOS 63

A los etucarbos la actividad los ataca por ráfagas. Entonces arreglan la casa, se lavan el cuerpo y lo embellecen, barren las calles, revisan la siembra (teniendo cuidado de no tropezar con el cadáver de un tominejo o de mirar a un castor a los ojos), suprimen las malezas, ordeñan las vacas y las cabras y fabrican herramientas.

En estos ataques de actividad alcanzan a realizar las lunas pendientes merced a su especial talento para ordenar las acciones y para llevarlas a cabo rápidamente, a fin de que no queden inconclusas en el momento en que los acometa un ataque de indolencia.

Cuando sobreviene la enfermedad de la pereza (nomine tomado por analogía con el otro estado, la enfermedad del trabajo) los etucarbos son incapaces de finalizar ninguna tarea, salvo procurarse los medios para llegar rápidamente a la cama.

Durante sus rachas de apatía, los etucarbos se meten dentro de las cobijas, corren las cortinas, se quejan de los jóvenes —pero solamente con ayes y lamentos apagados, sin reclamos, cantaletas y mucho menos imprecaciones ni nada que signifique algún esfuerzo—. Lloran un poco y se aburren.

Cuando se aproxima la fiebre del trabajo, los etucarbos comienzan a dar vueltas en la cama sin encontrar acomodo: sobre un costado, sobre el otro, boca arriba, boca abajo, pero no encuentran posición confortable; entonces, tras ensayar en todos los sentidos, se van dando vuelta. Los etucarbos se van dando vuelta en la forma exacta en que lo hace un guante: lo de afuera queda hacia adentro y viceversa. Así, mirando hacia adentro, estirados en su cama, sintiendo la apatía, el hastío, la pereza, como un narcótico indoloro y paralizante, planean cada paso de sus tareas. Entonces, otra vez como un guante, se dan la vuelta y se levantan a trabajar y un etuearbo quiere una rosa, la querrá para verla marchitarse.

HERCOS

Los hercos cultivan las moscas, las arañas; poseen criaderos de áspides y de moscardones.

En la ciudad de los hercos se oye permanentemente un ruido sin pausa, un eco del aire todo, una resonancia en de la atmósfera: son sus moscas revoloteando, sus alerones, todos sus insectos apoderados del aire, un riéndolo.

Los hercos se mueven sin desplazarse, vibran por el temblor del aire. Se alimentan de coleópteros.

Los desplazamientos son involuntarios y dependen de los caprichosos balanceos del territorio de las planas que tan pronto se inclina hacia un lado, tan pronto hacia ni otro, sin que ningún herco pueda explicar por qué se produce. A decir verdad, a ningún herco le interesa buscar explicaciones de nada ni se le ocurre que existan.

¿Para qué puede querer rosas un hereo? Para nada, De hecho, la rosa no existe en el universo del hereo de la misma manera que la televisión no existía para los caldeos. Nada vegetal existe para el hereo, ni existe la palabra "pétalo". Ni la palabra "rosa".

Si un hereo quiere una rosa, ni él ni ningún otro herró sabrá qué es lo que realmente quiere. ¿Una qué?

Si un hereo quiere una rosa, a lo sumo estará queriendo un galimatías. Si un hereo quiere una rosa, es que está completamente loco.

BROTAUROS

Están atentos al tamborileo del galope lejano que pronuncia al invasor.

Adivinan en el trueno nocturno el presagio de la pólvora que los ataca.

.En frecuencia celebran su danza guerrera para hablar con su dios, que es simultáneamente un toro, un árbol y una roca de donde brota agua. Ellos preparan su danza con una poción embriagante, que los comunica con el país de unos peces que vuelan y vomitan fuego; allí hablarán con toro-árbol-fuente.

Cuando no están preparando sus borracheras, los brotauros están limpiando sus armas o practicando tiro al blanco. Nunca van de cacería, porque los brotauros son vegetarianos.

Los brotauros vienen en dos sexos. El primero, viene con un arma en la mano y el segundo con una aguja, una hoz y una caja de fósforos.

No se crea sin embargo que los trabajos que desempeñan los brotauros de este sexo los desvinculan de la obsesión de la guerra. Por el contrario, ellos desempeñan su trabajo como si siempre estuvieran en la víspera de ser sometidos a un largo sitio, y por eso mantienen reservas de alimentos, ropa y combustible como si viniera encima un gran ejército enemigo y dando por supuesto que los brotauros del otro sexo tendrán la suficiente habilidad guerrera de resistir con las armas.

No obstante que hay dos sexos, los brotauros no se reproducen por ninguna clase de contacto físico, sino por la risa. Si un brotauro intempestivamente, sin él mismo esperarlo, se echa a reír y otro brotauro se contagia de esa carcajada, en el

lugar en donde choquen las ondas de ambas risas, aparecerá un nuevo brotauro, ya con los instrumentos de la guerra, ya con los medios para conseguir el fuego, el alimento y el abrigo del cuerpo.

No hay por qué negar que los brotauros ignoran la utilidad de los binóculos. Tampoco les interesa saberlo. Su pasión por estos lentes va mucho más allá. No se le ocurre considerarlos instrumentos. Su valor estético es tan alto que los conservan —mejor, los exhiben— en un lugar privilegiado de sus casas para admirarlos con ahhs y ohhs de placer, sin ponerles encima las manos, dándoles una vuelta alrededor para apreciar toda su belleza.

Una vez, un brotauro, más curioso que los demás, tomó unos binóculos y trató de averiguar para qué servían. Después de varias horas de ensayos se le ocurrió colocarlos ante sus ojos y mirar a través de ellos frente a su ventana. Pero la noche estaba demasiado oscura y no vio nada.

Los brotauros no diferencian entre el amor y la muerte. La muerte, propiamente dicha, no existe entre los brotauros, aunque sí desaparecen. Desaparecen como fruto del amor.

Las cosas ocurren así: cuando están jóvenes, las familias brotauras conciertan los matrimonios de sus hijos. A veces, cuando escasean los brotauros de uno u otro sexo, sólo los más ricos del sexo abundante logran conseguir cónyuge. El cónyuge de la aguja se dedica a la crianza de los hijos, a cultivar la huerta, a cocinar, a hacer y lavar ropas y a un sinnúmero de deberes domésticos, mientras el brotauro del arma enfrenta tareas mucho más serias, trascendentales e históricas, como preparar la guerra fabricando armas y haciendo rudos ejercicios de entrenamiento.

A pesar de que están listos para la guerra, nunca los brotauros han tenido la oportunidad de poner a prueba su preparación, porque nunca han tenido una guerra. Por lo tanto no tienen héroes de guerra, cuestión que dificulta la motivación de las tropas, pero que excluye la lucha armada como causa de mortalidad entre los

brottauros.

Cuando la familia está ya grande, tras muchos años de compartir techo, lecho y leche, de repente, una noche, cuando las tres lunas del país brotauro estén alumbrando, los dos brotauros comenzarán a enamorarse perdidamente. Ya viejos descubrirán los placeres que el cuerpo de cada uno le brinda al otro. Recuérdese que los brotauros se reproducen por choque de dos risas, por lo que el instinto carnal está desligado de la reproducción. Así que el deseo físico nacerá en el ui uso, con tal intensidad, que llegará un momento en que los dos brotauros no pueden sino estar juntos y desnudos.

Entonces se irán fundiendo, poco a poco, hasta convertirse en un solo ser, un brotauro luminoso que rápidamente se deshará en luz dejando una pequeña semilla mino única huella.

Si un brotauro quiere una rosa, siembra una semilla de amantes, y a los pocos días tendrá su rosa.

Chísgaros

El ojo del chísgaro ve bien de lejos. Pero a medida que la distancia disminuye, el chísgaro ve menos. Ya a dos metros, el chísgaro es ciego. Sus brazos se mueven sin salir de las tinieblas, pero la longitud de sus piernas le permite ver borrosamente hacia dónde va su paso.

Los espejos de los chísgaros quedan lejos de su cuerpo: ellos solamente pueden mirarse a distancia. Y t muido hacen el amor, los chísgaros no se ven entre sí.

Subiendo que los chísgaros carecen de olfato es fácil adivinar que si un chísgaro quiere una rosa, será solamente para tocarla.

Guzguceas

Si un guzguz quiere una rosa, tendrá que pensarla paso a paso. La longitud del tallo, el filo de cada tuna, LA forma y color de los pétalos. Tendrá que pensar en el perfume y concebir la frágil sensación del tacto, de tal modo, que creará estar acariciando una ilusión.

Sí un guzguz quiere una rosa ha de saberse su rosa íntegramente, tenerla fijada en la memoria. Entonces, la rosa le crecerá en la coronilla y el gozoso guzguz podrá cortarla, y entre saltos de alegría, llevársela de regalo a su pareja.

Blomorfos

Todo en la vida del blomorfo es así: primero dibujar inda objeto hasta en sus más íntimos detalles, luego gritar las palabras mágicas y serretas que todo blomorfo apenas murmura, y allí está el modelo creado i ui la pintura, la idea antes que la cosa. Naturalmente los blomorfos consumen mucho papel y mucho lápiz, pero les basta dibujar el perfil de una resma y trazar la imagen del lápiz deseado, pronunciar el conjuro. y allí estarán disponibles los materiales para lubricar su alimento y su vestido, su casa y sus muebles aún más, para fabricar a sus hijos.

Aunque los blomorfos se reproducen de la misma manera que crean su realidad, mediante el dibujo. Un blomorfo dibuja otro blomorfo, recita la fórmula y este blomorfo será su hijo, aunque el blomorfo dibujado sea un blomorfo viejo.

Los blomorfos mueren porque el dibujo se va borrando con el tiempo o porque alguien, por algún descuido, deje caer mermelada o rasga la hoja donde el infortunado blomorfo estaba dibujado.

La vida de los blomorfos transcurre alrededor de mesas y tableros. Si un blomorfo quiere una rosa, tendrá que dibujar la rosa completa, con todos sus detalles y así existirá en la realidad. Si traza el contorno de la rosa, así existirá en la realidad, única rosa transparente.

Milacos

Los milacos tienen plumas brillantes en el lomo y en las alas. Los lunes son blancos y los sábados amarillos. pero los otros días son traslúcidos y no pueden ser vistos, aún bajo la luz de la lámpara.

En esos días, ellos mismos dudan de su propia existencia y esperan ansiosamente el sábado o el lunes próximos para cerciorarse de que no han desaparecido. Si un día miércoles la fortuna le proporciona un Bostezo a un milaco, esto lo hará sentirse más seguro de sí mismo y le ayudará a darse cuenta de que no es mi propia ilusión.

Los milacos dominan el sánscrito, pero nunca lo hablan, posiblemente porque no conocen a nadie con quien se puedan comunicar en esa lengua. Entre ellos no hablan porque, si llegan a hacerlo, les da nostalgia leprosa, insomnio febril u obsesión por oír la radio a todo volumen hasta que esto los conduce a una especie de frenesí que estalla en locura furiosa.

Dinecos

Los dinecos tocan bien el cencerro; se sabe que toda buena orquesta debe tener un dineco en el cencerro. También lo hacen bien con la tumbadora, la flauta y la •tola de gamba, sobre todo los días que están melancólicos o que amanecen zurdos.

Un dineco que amanece zurdo puede jugar bien al dominó, pero no puede masturbarse; de todos modos esto no importa porque ningún dineco se ha masturbado jamás, pues solamente están en celo una vez cada tres años, en una fecha fija y siempre y cuando estén en compañía de sus tres parejas.

Una muestra del cariño de los dinecos es amenazar a sus hijos con comérselos vivos; los acercan a su cara alzados en sus potentes cuatro manazas, abren sus enormes bocas, muestran los colmillos con esa peculiar exhibición de ferocidad de todas las especies carnívoras, y rugen encima de la cara de sus hijos, a la inmediata distancia del beso o de la primera dentellada.

Hasta que oigan el sonido de los cascos de un caballo pura que olviden todas sus preocupaciones. Los dinecos tienen tendencia a preocuparse, a gastar todo su tiempo dedicados a rumiar sus preocupaciones.

Estar dubitativos, entre ansiosos y tristes, tales son los dinecos cuando oyen el sonido de los cascos de un caballo y todos sus fantasmas interiores desaparecen. Entonces lo invade una euforia que a pesar de ser total— se manifiesta sin alharacas si

El caballo trota, pero puede estallar en gritos de entusiasmo y en un incontenible bailoteo si se oye el galope de un caballo. Superfino añadir el éxtasis que supone la visión de un caballo o, todavía más, acariciar su huno. Y ningún grado de alegría es mayor que el grado de alegría de la ciudad de los dinecos, cuando una intempestiva cabalgata irrumpe en sus vecindarios.

Kodadé

Si una kodadé quiere una rosa, será para conquistarse otra kodadé y llevarla a la cama.

Pero la kodadé nunca conseguirá la rosa. Le dirá a la kodadé que está seduciendo que quisiera tener una tosa para regalarle y entonces la otra kodadé quedará fulminantemente seducida y dispuesta a lo que sea.

Entonces la primera kodadé ya no necesitará la rosa y no la querrá para nada.

Todas las noches, sin falta, caen siete estrellas ni cráter de cada volcán de la región de las kodadés. Lio kodadés apuestan en cuál volcán caerá la primera estrella, apostarán sobre cuál será el último volcán en llenarse. Sin embargo, algunas kodadés temen a este espectáculo de la naturaleza y prefieren desvanecerse mientras ocurre.

Períntidos

Los períntidos son picantes y nerviosos. Cuando dos períntidos se enamoran, tienen que comer cebolla muchos al tiempo y alimentarse solamente de cebolla. Pero si son tres la dieta será de coliflores.

Cuando están enamorados, los períntidos se sacan la lengua, se mordisquean, se babean, se chupan, se succionan, se degustan, se muerden y llegan a engullirse.

En este último caso, el engullidor debe andar en pata- ola y padecer insomnio hasta que devuelva al mundo

El períntido que se ha engullido. Ese día le regalará un baúl.

No se ha descubierto con qué alimento pueden enamorarse cuatro períntidos, pero se sabe que la inhalación del humo de cierta raíz secreta puede formar matrimonio de cinco períntidos.

Si un períntido quiere una rosa, es que está enamorado de otro períntido. Si un períntido quiere dos rosas, pues estará enamorado de dos períntidos. Cuando consiga su rosa o su par, será porque le sobró dinero después de comprar cebollas o coliflores.

Cuando hay cosecha, por ejemplo, de cebolla, abundan las parejas. Pero, entonces, ¿cómo, si se alimentan de lo mismo, no se enamoran unas parejas de otras y finalmente todos entre sí?

Pu es esto, cabalmente, es lo que hacen un día especial en el año. Los otros días, cada pareja adopta su horario, un ritmo propio para comer cebollas. Así difícilmente se cruzan unas parejas con otras.

¿Qué sucede cuando la cebolla se le acaba a una pareja «le períntidos, o la coliflor a un trío o la raíz de tubérculo a un quinteto?

Que les van saliendo garras afiladas, gruesas, firmes, que sus labios se van convirtiendo en un pico duro, anguloso, y entonces sus febriles caricias se

convierten en acometidas mortales y sus besos dejan heridas profundas. Todos mueren dejando su sangre regada en la tierra.

De esta sangre brotará un nuevo peréntido que dedicará su infancia y primera juventud a aprender el cultivo de la cebolla, de la coliflor y de las rosas.

Pelicharos

A los pelícharos les llega el tiempo en botellitas. pero ningún pelícharo sabe de dónde provienen las botellitas: cada una de ellas contiene un mes.

Hay pelícharos que. cuando se ven en problemas, se toman de una vez hasta dos botellitas (más de eso quería una dosis mortal), se quedan dormidos y despiertan dos meses después, cuando todo ha pasado. En cambio, si están contentos, se beben muy despacio sus botellitas y no faltan ocasiones en que se queden quietos, paralizados, en un éxtasis de felicidad, en un pasmo de dicha que los saca fuera del tiempo.

Los pelícharos son tiernos, gentiles, amables. Nadir más acogedor que un pelícharo. Ningún pelícharo es antipático; si lo fuera, simplemente no sería pelícharo.

Los pelícharos adivinan los deseos del visitante y se anticipan a que los pronuncie ofreciéndole el objeto de sus ansias con la gigantesca, con la expansiva, con la inocente sonrisa de niño típica de todo pelícharo.

Así se comportan con todo visitante, hasta que éste se siente completamente a sus anchas y ya da órdenes perentorias —traigan el té, corran la silla, instalen una reja de hierro—, las más usuales, las más extravagantes: entonces los pelícharos lo pican en pedazos y se lo tragan pedacito a pedacito.

Izópiros

Nada aman más los izópiros que el dinero. Ellos tienen grandes bosques que convierten en pulpa y luego - n un papel apropiado para imprimir billetes. También poseen enormes plantas donde imprimen duran- e las 27 horas del día y las 4 de la noche millones y millones de papel moneda. Millones.

Nada aman más los izópiros que el dinero. Ellos son sueños de inmensas minas de donde extraen los metales necesarios para las aleaciones de sus monedas circulantes, como pequeñas estrellas minerales.

Nada aman más los izópiros que el dinero, del cual se alimentan a la hora de las comidas. Las casas están edificadas con monedas superpuestas, que pueden ser devoradas en cualquier hambruna. Todas las necesidades de los izópiros se resuelven con el dinero, es lo que más acumulan y más aman.

Los izópiros se enamoran todos los miércoles. Entonces aumentan de tamaño. Se van hinchando, hinchan do, poco a poco, a medida que más se enamoran. Entonces llega un momento en que físicamente no pueden estar más inflados y revientan. Entonces s»- acaba el amor cuando ya es la madrugada del jueves y vuelven a su incesante tarea de fabricar y deglutir dinero.

Si un izópiro quiere una rosa, será para grabarla en algún billete, para que sea el símbolo del valor tallado en el relieve del anverso de alguna moneda muy preciosa.

Bregislaos

Los bregislaos salen del agua a conversar y a matar vecinos de sus mares. Pero casi todos sus días-noches las pasa el bregislao en la región más oscura de las aguas marinas, donde ninguna luz puede llegar y el peso del agua que hay encima convierte el cuerpo del bregislao en una piedra de la dureza del diamante.

Allí, en el fondo del fondo de los mares, el bregislao es una roca curiosa, que se desplaza por milagro entre la densidad impenetrable del agua y que entretiene su larga ociosidad marina resolviendo problemas de ajedrez mentalmente y construyendo retruécanos.

Si un bregislao resuelve el problema de ajedrez sube a la superficie. Si un bregislao compone un retruécano tan gracioso que corra el peligro de ahogarse de la risa, sube a la superficie. Hay algunos bregislaos que nunca han visto la luz.

Cuando un bregislao sube a tierra su cuerpo aumenta de tamaño ostensiblemente. Entonces se vuelve locuaz y quiere contarle a todo el mundo la solución que propone para tal o cual problema de ajedrez, o le dice el retruécano.

Más vale prestarle atención a los bregislaos, pues él no lo haces, te triturarán hasta dejarte sin aliento para siempre.

Cuando están en tierra el sexo de los bregislaos se ti tingué por el aroma que tienen. Entre los bregislaos tanta la variedad de olores que expelen, cuanta In diversidad innumerable de sexos.

Los olores predominantes entre los bregislaos son los de las flores. Hay bregislaos que huelen a jazmín, otros agapanto, algunos otros despiden el aroma dulce de la violeta y así existen bregislaos con el perfume característico de las más diversas especies vegetales.

Existen también aromas diferentes, que se diría que proceden de la ballena o de algún socavón, del fuego o de la herida. Y así por millares.

Lo esencial es que cuando dos bregislaos tienen idéntico olor, lo que equivale a decir que cada uno podría jurar que el otro no huele a nada, la atracción física es inmediata.

Entonces, cuando se divisan, cuando se saben recíprocamente inodoros, entonces se abalanzan el uno sobre el otro y en un instante realizan su acto sexual y enseguida se separan de nuevo, todavía tan extasiados (el orgasmo les puede durar de por vida) que ni siquiera acatan a informarle a su pareja la solución <h I problema de ajedrez o el retruécano que inventaron

Uyertinos

Los uyertinos son globos de luz. Por lo menos así los - cualquiera que no sea uyertino. Pero entre ellos se -n de manera distinta, opacos, corpóreos. Si dos uyertinos están hablando a tu lado, tú no los puedes ir y sólo alcanzarás a ver dos globos de luz, por lo jal una pareja de uyertinos se puede confundir con facilidad con los faroles de un carro.uy

Pero entre ellos la cosa es distinta. Los uyertinos de jos azules son los más afortunados, pues los demás uyertinos tienen el deber de satisfacer sus deseos sin chistar. Si el uyertino ojiazul pide más maquillaje o más sorbete de mango —con seguridad éstas son las dos cosas que primero se le ocurrirán—, todo uyertino que esté cerca debe procurarle maquillaje o sorbete.

Si por ellos fuera, siempre se estarían maquillando. \ no por vanidad tan solo. Sucede que se alimentan <l< saberse bien presentados. Si se despeinan, si les <a< una mínima salpicadura en las botas, comienzan a marchitarse, a consumirse, y pueden desaparecer < n cuestión de minutos. Por esto, los uyertinos llevan siempre un neceser consigo. Así, cualquier emergen cia se resuelve de inmediato y no suceden casos tan tristes como el uyertino bañista que fue despeinado por la brisa y murió tratando de llegar a un cepillo o el otro uyertino —trompetista— a quien se le corrió el pintalabios y ya agonizaba cuando encontraron su neceser.

Si un uyertino quiere una rosa, pueden ocurrir varias posibilidades. En caso de que el uyertino tenga los ojos azules, todos los uyertinos que le escuchen pronunciar su deseo se pondrán de inmediato a buscar la hasta encontrar al uyertino que tenga la rosa y tjiic la cederá sin decir ni pío cuando se entere de que la rosa es para el uyertino ojiazul.

En caso de que los ojos del uyertino que quiere la rosa sean rojos, o amarillos, o blancos, tendrá que buscarlo solo, sin la ayuda de nadie. Y cuando la encuentre, seguramente resultarán quitándosela rápidamente porque, con seguridad,

hay algún uyertino ojiazul por ahí que quiere la rosa.

Yicarinos

Un yicarino cree que es cinco yicarinos. Si quiere una cosa, creará que quiere cinco rosas. La única cantidad que existe para el yicarino es cinco. Él es uno y cinco y - Dios que adora es uno y cinco. Para él, sólo cinco.

En el idioma del yicarino no existen vocales, por lo mal su habla suena como una especie de gruñido. Cada yicarino piensa que habla cinco idiomas.

Aparte de estas singularidades —o pluralidades— de carácter, los yicarinos son simpáticos toda la semana, excepto el domingo. Y se distinguen por su habilidad para el arcabuz, la avicultura, la mazurka, la culinaria y el emperifollamiento. Nadie elegante que un yicarino. Y tienen una libretica donde apuntan sus chistes, y cargan calculadora eléctrica (que les sirve de poco, dada su confusión entre los cinco y todos los demás números), una brújula magnetiza y un microscopio.

Los domingos están dotados orgánicamente para dar propuestas zahirientes y destempladas, a fin de que en entrada que no se les dirija la palabra. Si esto iba a ocurrir, no harán nada, aparte de guardar solamente silencio. Los yicarinos saben que los hechos se consignarán en su nombre y que el infortunado que insista en hablarles un domingo, perecerá a los pocos días en un accidente fortuito, pero fatal.

Al llegar la hora del sueño, el yicarino se meterá la mano por la boca y empezará a sacar todos sus huesos. Ordenadamente los depositará en una cómoda, luirá un inventario de ellos y tenderá su parte visible en una cobija porque su parte invisible sale a espantar a todo el que pase por su comarca.

Silbidos, risitas, murmullos, más silbidos, luces intermitentes, tenues gemidos, gritos, aullidos, chubascos y tempestades, rayos y centellas. Tales son los recursos de la parte invisible del yicarino para asustar hasta al más incommovible

pasajero que cruce por sus tierras.

Hupilas

Todos los días, sin falta, como un destino trazado, como un sino fatal, los hupilas pierden alguna cosa y encuentran alguna otra.

De nada valen guardias de seguridad, de nada valen medidas precautelativas, inventarios, cajas fuertes, aplicados, alarmas. Cada uno de sus días perderán alguna cosa y encontrarán otra. Una al día.

De repente, al abrir la nevera, un hupila puede encontrar una corona de diamantes que otro perdió. Y en cierto momento buscará, por ejemplo, su zapato izquierdo y este habrá desaparecido para siempre.

No obstante que los hupilas saben lo aleatoria que es toda propiedad, su naturaleza los inclina por lo irreprimentemente, a apegarse a siete fetiches en su vida. Desde pequeños saben su lista; por ejemplo una| camiseta roja, un estilógrafo, unos anteojos, una escultura de vidrio, una cartera de cuero, una moneda de plata, un diccionario. La lista puede incluir todo lo que aún no tenga, pero que serán tuyas en algún momento y a las cuales se apegará con codicia.

Cuando pierda la primera cosa, el hupila sentirá un desgarramiento interior, una especie de sensación nueva, distinta. Y así la pérdida de cada uno de sus siete fetiches será una mudanza de piel de los hupilas hasta el momento en que desaparezca el séptimo cuando su existencia pierde todo sentido y entonces mueren por falta de interés en la vida.

La bicicleta forma parte de sus fiestas religiosas. Se trata de un culto reciente pero cada vez más extendido entre los hupilas. Un día, no hace mucho, un hupila estuvo en el país de las bicicletas y de inmediato seducido por su belleza, su gracia y su utilidad se dio a conocer entre ellos. Los días de fiesta, su hilo principal consiste en colocarse la indumentaria de ciclista y salir a montar en bicicleta.

Si un hupila quiere una rosa será para recuperar la que perdió el día anterior.

Ríspidos

Quien conoce a un ríspido y tiene algún trato con él, lo primero que dirá de su experiencia es que ha tenido contacto con la cordura misma. El testimonio es universal: nadie más ponderado, más juicioso, más prudente que un ríspido. Nadie más respetuoso de usted y más discreto para manifestar sus emociones que un ríspido.

No existe nadie que haya conocido un ríspido y trataba con él, que —de entrada— no comience por ponderar el equilibrio y atinado juicio de los ríspidos.

El ríspido sabe dosificar las emociones propias y, lo que es más, impone con su presencia cierta dosis de moderación. A pesar de que siempre procura pasar desapercibido y de que guarda silencio a no ser que se le pregunte algo directamente, la opinión del ríspido será muy acatada, aunque lacónica: no dirá ni más ni menos que una descripción de los hechos —dos breves pinceladas de toque humorístico— y luego un diagnóstico y una consecuencia. Todo muy lógico, muy racional, pero con la dosis exacta de pasión para ser persuasivo.

Y todos, sin falta, dirán siempre que el ríspido es un modelo de compostura, de donosura, de cordura. Pero nadie más obsesionado —secretamente, torturantemente— que un ríspido con la locura.

El equilibrio del ríspido es tan precario como el del funámbulo. Nadie lo sabe, pero ese racionalismo es la cuerda destemplada de donde caerá cuando se oculte, entre otros ríspidos, a estallar en su particular demencia.

Ninguna locura más triste que la del ríspido: seguirá razonando, a la altura del más lúcido de los peripatéticos, y tendrá siempre, aún dormido, la angustiada conciencia de su completa e irreversible locura.

A pesar de su contundente lógica, de su invariable morigeración, los rispidos desarrollan (ocultamente, angustiosamente, como todo proceso de locura) unas crecientes obsesiones.

Obsesiones que comienzan por ser simples temores aprensiones momentáneas, episódicas, que van volviéndose cada vez más y más recurrentes, y más, y más todavía, hasta convertirse en una forma de locura. cuando no en la causa de su muerte, como ocurre con su maniática y demente atracción por los abismos.

Un rispido no puede vivir en pisos altos. Su obsesiva fascinación por el vacío llega hasta el punto de hacerles creer que pueden salir de su casa por el balcón. Todo rispido que viva en un piso alto terminará desastillado en el piso bajo. Destino fatal.

Mientras permanezcan cuerdos, el ocio de rispidos se irá en juegos de inteligencia. El juego de la réplica brillante, fútbol con dos balones, ajedrez tridimensional, motociclismo de ojos vendados y crucigrama chino.

Ya cuando se enloquecen, cambian sus juegos. Entonces por ejemplo, el juego de la réplica brillante se convierte en el torneo de la ironía sangrienta y llegan extremo de quitarle la venda a los ojos de la motocicleta y colocarla en sus propios ojos.

Kítreos

Los kítreos meditan antes de hacer cada tarea. Antes de dar cada paso. Por esto, en pocas ocasiones se ve un kítreo dando un paso. Por lo general, permanecen móviles, con el ceño fruncido y una mano empúñala bajo el mentón. Los kítreos piensan con la mano.

Si un kítreo no medita y se atreve a dar un paso, quedará completamente idiota y moviéndose rítmicamente en la secuencia del paso que iba a dar, por lo cual los kítreos bobos son muy útiles para instalar en los mecanismos de los relojes.

Troluchos

El problema de los troluchos es que nunca son, cada uno, la misma cantidad. Cuando amanece, cada trolucho, es uno solo: se mirará al espejo, recién levantado, y aún en su letargo se verá como un solo individuo rompido, con su cabeza sobre los hombros, sus brazos y sus patas. Se untará crema de afeitar (los troluchos de estos tiempos suelen afeitarse todo el cuerpo claramente) y tomará la navaja y acercará su mejilla al espejo y entonces, en un parpadeo, se convertirá en los troluchos y, si estos dos se tardan afeitándose, pueden partirse en dos o tres troluchos cada uno, hasta que no quepan troluchos y no puedan mirarse al espejo.

Cuando un trolucho necesita estar en varias partes a la vez durante el día, puede solucionar su problema demorándose en la afeitada.

Extremadamente sensitivos, los troluchos pueden tan pronto enfermarse con inaudita facilidad —la sola mención de un síndrome puede contagiar su cuerpo sensible—, como sanarse del todo apenas piensen en el remedio para su mal.

La sensibilidad física del trolucho también se manifiesta de todas las maneras en su cuerpo. Puede decirse que las zonas erógenas del trolucho se extienden por toda su piel.

Modar

162 MODAR

Parece desierta aquella verde tierra donde habitan los modar. Ellos cultivan las tierras de aquel territorio que crece inhabitado. Los modar no son invisibles, pero hay seres más sigilosos. Caminan de puntillas, se comunican con miradas, con suaves gestos, e ignoran a música si tal cosa puede decirse de una tierra donde pasar la noche, acompañando el sueño de los modares, sus fuentes de agua caen desde diferentes alturas y sobre distintas superficies, produciendo recurrentes y Armónicas melodías, moviendo relojes y muñecos Mecánicos que bailan al impulso del agua o emiten música de cuerda. De noche, bajo el sueño.

Entre los modar no se conocen aldabones ni timbres; ellos ignoran los clarines, las campanas, los pitos, las sirenas, las alarmas.

Pesar los argumentos. Ellos pueden tomar un argumentó cualquiera, desmenuzarlo hasta volverlo harina y, ahí sí, convertido en harina, lo pueden pesar tranquilamente. Las modar son muy pacientes, hay que advertirlo, pues desmenuzar un argumento requiere paciencia. No faltan algunas modar que intentan añadirle al argumento desmenuzado algunas' interpretaciones. Vano intento de estafa. Las interpretaciones son humo. Un argumento desmenuzado es un hecho. Los hechos pesan.

Entonces las modar resuelven sus discusiones pesando sus argumentos en esas balanzas que tanto aprecian y que mantienen a mano. Hay un teléfono donde pedir una romana o un balancín y lo despachan corriendo, en una ambulancia sin sirena.

Una discusión puede quedar, por ejemplo, tres kilos v medio contra setenta y cinco gramos. En las elecciones, todos dicen sus razones, se desmenuzan, se pesan y gana el candidato que más toneladas de argumento» reciba en su favor.

Ñómidos

Cualquier cosa es demostrable. Dicen los ñómidos que la envidia es desear para sí lo que el otro tiene. Tener al otro, concluyen entonces los ñómidos, es la apoteosis de la envidia.

Entre los ñómidos, la envidia es el más noble de los sentimientos y con él se recubre el instinto de reproducción. En efecto, cuando un ñómido desea a otro ñómido, su pudor tiende a cubrir ese deseo lujurioso con un sentimiento. Entonces el ñómido llamará "envidia" a ese noble sentimiento que lo inclina por sobre todas las cosas a poseer, a tener al otro ñómido.

Cuando dos ñómidos se envidian con furor, se regalarán sendos camafeos y comenzarán a buscar dónde acostarse, tarea en la cual duran hasta un año, pues tienen qué construir personalmente la cama y celebrar un rito matrimonial muy solemne donde prometen envidiarse con todos sus corazones —los ñómidos poseen tres— durante el resto de sus vidas.

Lánicos

170 LÁNICOS

Los lánicos son buenos perdedores. Son tan buenos perdedores, que nunca han ganado ninguna competencia: por esto puede decirse que los lánicos son los mejores perdedores del mundo. Y que, como perdedores, le ganan a cualquiera.

Los lánicos apuestan a la lotería y a las carreras de coches, al poker y a la ruleta. Los lánicos compiten en todos los deportes, como patear cerdos, cernir gelatina y desportillar floreros. Compiten y apuestan y siempre pierden.

Sólo hay un caso en que el lánico no pierde. Es el caso único de que compita o apueste con otro lánico. En ese caso quedan empatados.

Los tánicos se juntan sexualmente y se desean y se reproducen sólo si se tienen envidia o se aborrecen. Si dos tánicos se aman, lo más seguro es que no sean tánicos; porque los tánicos desconocen el amor, no tienen ni su concepto ni su instinto y ni siquiera existe en su lenguaje de gruñidos un fonema que exprese ese extraño sentimiento.

Sin embargo, los tánicos también se unen por la fuerza de las pasiones —odio, codicia, envidia— tan irracionales como el amor. El coito es producto del rechazo, más que del deseo. Entre los tánicos, el acto sexual es choque, crisis, alienación, aprensión, asalto recíproco, recíproca utilización, vejamen y desprecio máximos.

Pero, cosa curiosa: a pesar de esa como apoteosis del desdén, la única circunstancia que un lánico le agradece a otro lánico —ya dándose la espalda, luchando contra sí mismos— es el acto sexual.

Los fefos usan máscaras, de tal manera que nadie conoce el rostro de nadie y todos se confunden porque es obligatorio cambiar de máscara todos los días, sacando la nueva de la caja fuerte.

Esta vieja costumbre hace que el amor dure un día, porque si un fefo se enamora de otro, al otro día no podrá reconocerlo.

Vasínocos

Los vasínocos nunca desean rosas. Los vasínocos no desean nada. Ahora bien, si una rosa aparece en el camino del vasínoco, con seguridad no habrá vasínoco más feliz en el mundo por el hallazgo de semejante exquisitez gastronómica, pues ya se sabe que los vasínocos consideran la espina de la rosa como el más apetecible y apreciable bocado.

Los prádicos controlan el tiempo al segundo. La misión del rey de Pradia consiste en vigilar los relojes del reino. Por esto hay un rey para el día y un rey para la noche y ellos son los únicos que tienen entrada al salón sagrado de los relojes.

Una vez, hace mucho, el rey de la noche tuvo una leve discusión con el rey del día sobre un reloj de arena, y por jugarle una mala pasada, lo detuvo unos segundos. En venganza, el rey del día atrasó el reloj de péndulo y así cada día un rey le alteraba un reloj al otro rey.

La pelea se hizo tan agria que los súbditos se dieron cuenta y, de inmediato, arreglaron todos los relojes de nuevo y asilaron a los reyes en los territorios del norte, donde habitan los lacadonios descendientes de ambas familias.

En Lacadonia nadie sabe qué horas son. O mejor dicho, todos saben exactamente qué horas del día o de la noche son, pero nadie está de acuerdo. Grave problema para la salida de los trenes.

El único tema de discusión en Lacadonia es la hora.

Yenyos

YENYOS 193

Los yenyos son binarios. Funcionan por oposición de dos contrarios. Su cabeza no concibe que los contrarios sean más de dos. Para los yenyos las cosas son buenas o malas. Más curioso aún, no dudan de que lo contrario del bien es el mal.

Los yenyos vienen con goznes pareados según una demencial lógica: el "sí" es único reverso del "no" y así sucesivamente en todos los órdenes; la vigilia, por ejemplo, es lo contrario del sueño, cuestión que no les permite ver si cierran los ojos, ni soñar si los tienen abiertos.

Seres elementales y primitivos en su estructura mental —compuesta de sencillas bisagras unidas de a par por unos goznes, de tal manera que cada ala de cada bisagra sólo conoce un lado de la otra—, seres de tan simple diseño tienen, no obstante, un comportamiento complicado y se diría que hasta retorcido.

Los yenyos nunca son lo que aparentan: usted ve por la calle a un yenyo muy sucio, vestido con el overol de un limpiador de cráteres de lodo azufrado y con la magnolia característica de su profesión en la mano, y puede resultar que tal yenyo resulte ser magistrado o panadero. Nunca se sabrá si hay algo de sinceridad en su trato.

Los yenyos sufren mucho con estas contradicciones de su intrincado carácter. Cíclicamente depresivos, todos los yenyos van al siquiatra.

Acorralados en la alternativa bicornuta, esclavos de lo cierto o lo falso, lo bueno o lo malo, el día o la noche, la eternidad o el tiempo, el espíritu o la carne, los simplísimos yenyos, puestos en la tarea de actuar como piensan, a cada rato tropiezan, se dan duro en las rodillas, lloriquean y van cotidianamente a odiar al siquiatra o a amarlo como se ama al amigo que sabe todos tus secretos.

Los yenyos deshojan margaritas, tienen dos lados, ven en dos colores, aman la nieve y son tramposos.

YENYOS 193

De sus característicos estados melancólicos, los yenyos sacan una poesía blanda y lloriqueante que se derrite con facilidad, dejando sus manos pegajosas y melcochudas.

Algunos sábados los yenyos aprovechan la oscuridad para encender sus chimeneas y se sientan en grupos a gemirse unos a otros.

Los jefes yenyos son vitalicios; misión principal suya es guardar la lista de mentiras que deben decirle a los demás yenyos para mantener el orden precario que los rige.

Si la mitad de los yenyos son siquiabras, la cuarta parte son policías. Además, el siquiabra puede perfectamente ser espía de la policía.

Negativo como es, el deseo de una rosa se le presenta al yenyo como carencia de rosa, como ansia de rosa, como ausencia de rosa en mitad del alma.

El yenyo se puede comprar todas las rosas de la ciudad en búsqueda de la rosa específica que quiere y no tiene, pero también puede fácilmente echarse a llorar desconsolado mientras duda si volverse cultivador de rosas, traficante de rosas, ladrón de rosas u olvidarse del asunto.

En general, todo yenyo acaba olvidándose del asunto o contándose al sicoanalista.

Waxos

WAXOS 199

Los waxos son porosos. El mundo que los rodea se funde con ellos, los penetra.

Los waxos no conocen todo el universo, pero están integrados con la porción que les corresponde y esto los hace dichosos.

Los waxos tienen cintas de Moebius en el cerebro: «aben que las contradicciones no existen y que son posibles sólo si los esquemas de percepción captan la realidad incompleta.

Nadie más amable que un waxo. Ni más amoroso: tienen sensualidad de felinos y ello obedece a que sus ideas no están separadas de sus acciones. Es más, no tienen ideas, por lo menos en el sentido de que una idea es representación, imagen, reflejo de la realidad, mientras que los waxos están impregnados de su entorno.

Gustos de los waxos: comidas con ajo, atardeceres muy rojos, música de piano, el jugueteo del viento entre los árboles.

A un waxo todo le da lo mismo.

Basta educarlo a las patadas, castigarlo por la menor falta, tratarlo a los gritos, para que un waxo se convierta en yenyo. En cambio, es casi imposible convertir a un yenyo en waxo.

De entre todas las especies, no hay ninguna que iguale a los waxos como poetas: todos sus pensamientos (y es un vituperio llamarlos "pensamientos") son parte de un ininterrumpido poema. Pero nadie —ni siquiera ellos, los waxos, que no se molestan en definirlos — sabe de este canto continuo porque a ellos no se les ocurre escribir estas cosas.

Hay algo más al respecto: los waxos no conocen el lenguaje ni lo necesitan

para comunicarse con otros waxos, pues basta la cercanía para que los poros de cada waxo absorban tanto la sustancia como la forma de los poros de los otros waxos y se compenetren de su maravillosa, de su única poesía.

WAXOS 199

Merced a su estructura porosa y a las cintas de Moebius de su diseño cerebral y glandular, los waxos desconocen lo cuantitativo: a pesar de su percepción clara de los componentes más simples de cada cosa, tienden más bien a asumir la realidad como un cardumen, como una constelación, como una totalidad en la que cada elemento interesa en tanto tenga armonía con el conjunto.

El organismo de los waxos les impide tener secretos, vida íntima. Ni siquiera el más mínimo deseo de separar la completud de su vida de las vidas de los demás waxos.

Aún más: la evidencia mental les impone que no son individuos sino parte de un gran waxo que a la vez pertenece a un gran todo.

Si un waxo quiere una rosa, seguramente eree que el universo todo es una rosa, que él es una rosa.

Si un waxo quiere una rosa, no diferencia cada parte de la rosa: para el waxo la rosa es una embriaguez de rosa, un éxtasis de rosa, una continua y evidente alucinación metafísica con la rosa.

Índice

Advertencia preliminar	7
Morgualos	9
Frusos	19
Sásieos	25
Tinguanos	31
Icnidos	35
Demhitiones	43
Arfos	51
Etucarbos	57
Hercos	65
Brotauros	69
Chísgaros	77
Guzguees	81
Blomorfos	85
Milacos	89
Dinecos	93
Kodadé	99
Períntidos	103
Pelícharos	109
Izópiros	113
Bregislaos	119
Uyertinos	125
Yicarinos	131
Hupilas	137
Rispidos	143
Kítreos	151
Troluchos	155
Modar	159
Ñómidos	163
Lánicos	167
Fefos	171

Vasínocos	175
Prádicos	179
Lacadonios	183
Yenyos	187
Waxos	195

Esta GUIA PARA VIAJEROS llegó a puerto
el día 12 de agosto de 1991. día de San Macario
y San Julián, a los 275 años y 125 días
del regreso de Lemuel Gulliver a su casa de Redriff,
el 15 de diciembre de 1715.

Se compuso en caracteres Bodoni de 12 puntos
y se imprimió sobre papel Marfil de 90 gramos.

SANTAFE
DE BOGOTA
MCMXCI

Los lectores no suelen tener un problema que es exclusivo de librereros y bibliotecarios, y éstos les interesa mucho en cuál estante guarda el libro.

Al lector le encantaría hallar un libro que no fuera necesario colocar en ninguna biblioteca que estuviera con él, que lo acompañara, que lo pudiera tener cerca, en la mesita de noche, entre el maletín de mano, para los ratos en que se entretiene, se eleva y descubre cosas nuevas con él.

Óptima para encerrarse en la casa, para ir la esquina, para viajar por lugares conocidos e ignotos, esta guía para viajeros sirve para todas las situaciones, pero como las páginas del libro son limitadas y las posibilidades de la vida real no lo son, al consultarlas, el lector encuentra que no le enseñan nada especialmente práctico. Pero siempre le regalarán una especie de sonrisa interior, que obligará a consultarla, de nueve Anti fábulas que niegan toda moraleja, que la hacen imposible. La única propuesta es el juego el juego libre que produce una sonriente dicha e el lector que aniega y juega.

Extensa, obvia y no obvia; es la genealogía de estos lugares y de estos seres por donde transita la guía para viajeros. Primero, en el origen, estimula la imaginación colectiva, las mitologías. Después están los cronistas y viajeros: Don Per Mejía, Pigafetta, Marco Polo. Después están algunas obsesiones y ripios y también está la literatura: Ítalo Calvino, Cervantes, Luciano de Samosata, Rabelais, Michaux, Borges, Cortáza Bradbury, Swift, Monterroso.

Sin que se entienda como algo adicional la Editorial Planeta accedió a la solicitud del autor de incluir algunos dibujos. Para estar completo el libro necesariamente tenía que incluir una ballena, una bicicleta, un elefante —mejor varios—, un baúl, un piano, varias rosas y determinada bisagra. Una guía sin ilustraciones no lleva a ninguna parte y la guía para viajeros quiere llevar a sus lectores a todas partes. Bienvenidos.

J. L.N